

## *HOMENAJE AL MAESTRO ANTONIO CASO\**

---

---

Al expedir el Decreto que instituyó el Colegio Nacional, el Señor Presidente Ávila Camacho tuvo muy en cuenta la conveniencia de ofrecer a un grupo de personalidades representativas del pensamiento y del arte, de las ciencias y de las letras de nuestro pueblo una nueva oportunidad de acción, absolutamente libre, al servicio de la cultura.

Surgido el Colegio Nacional cuando se encontraba en guerra nuestro país con las potencias nazifascistas, su creación entrañó por muchos conceptos una gallarda respuesta a las amenazas de la barbarie y una reiteración de la fe —expresada por las voces más generosas del mundo— acerca de la norma de no incurrir en la imitación de los enemigos para vencerlos sino, al contrario, de combatirlos con esas armas que son orgullo y honor de la democracia y que, por eso, precisamente, pretendían eliminar de su orden los despotismos: la verdad y la libertad, el respeto de los valores morales, la bondad y el perdón de la inteligencia.

Revelaba así el Gobierno de la República, en el plano de la alta investigación, el mismo propósito que había de inspirarle, por lo que concierne a los iletrados, la Ley que inició la Campaña contra el Analfabetismo: defender a México íntegramente; defenderlo por el saber al par que por el trabajo y defenderlo, ante todo, con el espíritu y por el espíritu.

Avanzada del espíritu de la Patria viene a ser, por su rango, esta Institución que no debe perder en ningún momento el recuerdo de la emergencia que le dio origen. Y capitán del destino en esa avanzada era el maestro ante cuya gloria nos inclinamos. Porque nada traicionaría a un pensador de la estirpe de Antonio Caso como situarlo fuera del tiempo de dolor y de lucha que sirvió de escenario para su drama, pues la excelencia de su carácter no fue aislamiento y abdicación sino sufragio, fervor fecundo por el voto espontáneo de la persona y combate librado para lograr, por la extensión y el encauzamiento moral del conocimiento, todas las posibilidades del hombre libre.

---

\* *Homenaje al Maestro Antonio Caso, organizado por el Colegio Nacional, México, D.F., 6 de junio de 1946. Se publicó en Educación y Concordia Internacional. Discursos y mensajes (1944- 1947), El Colegio de México, México, 1948, pp. 92-95.*

De ahí su intransigencia viril frente a la mentira. Intransigencia que no ofendía porque era fruto del rigor con que reclamaba, del crisol de su propia vida, el metal más puro, la voluntad más enhiesta, el desinterés más limpio, la lección sin halagos y la caridad positiva, la que no acepta complicidades con la flaqueza y con el temor.

—Virtud es fuerza, le oíamos repetir en el aula en que dirigía el concierto magnífico de sus clases. Y esa fuerza suprema de la virtud es lo que exaltamos primordialmente en este instante y en esta Casa, que tanto debe al testimonio sin mácula de su ejemplo.

Durante años, fue conciencia de México ese testimonio.

Mexicano como el más, Antonio Caso no puso patriotismo en la tolerancia, que a veces contiene desdén o supone desistimiento.

Lo puso en la afirmación de lo que creía. Y acertó en su impulso, porque la Patria, como la vida, es un deber de incesante mejoramiento. Y el patriotismo genuino es aquel que pide más a la Patria, más por la Patria; hoy, más que ayer y mañana, sin duda, más aún que hoy.

Él sabía que los caminos más ondulantes y varios vienen del hombre y, tarde o temprano, por el júbilo o por la angustia, vuelven al hombre. Su filosofía no aconsejaba, por consiguiente, un cosmopolitismo precario y superficial, sino una plenitud eficaz de enlace entre el ser y la sociedad, entre la sociedad y el género humano. De ahí que al reflexionar en su magisterio, acudan a nuestra mente todas las pruebas de ese excelso equilibrio entre el mundo y el individuo; todos los actos, todos los libros, todas las expresiones que indiscutiblemente demuestran cómo se llega a la validez de lo universal por la realización nacional, valerosa y libre, de la persona: humanidad del Quijote, asociada a la mejor tradición hispánica y al individualismo intrépido de Cervantes; humanidad de Ricardo III, nutrida con todos los juegos de la violencia británica de la época y apoyada, a la vez, en la base insustituible del hombre Shakespeare, humanidad de la Sinfonía con Coros —que él tanto amaba—, por beethoveniana tan expresiva de las culminaciones fáusticas que evidencia y, por expresiva del vértigo de un momento y la soledad de un genio, tan actual, tan sincera, tan permanente.

El hombre y el universo sólo se entienden del todo en el punto en el que se entregan el uno al otro sin reticencias y sin reservas; egregia cima en que el hombre se reconoce más personal cuanto más humano y en cuya altura el universo no pierde nunca en profundidad lo que gana en distancia y en amplitud.

Algunos imaginaban a Antonio Caso alejado de las inquietudes trágicas de su pueblo. ¡Qué error más hondo! Su censura para todas las demagogias distaba mucho de equivaler a una negación pueril de lo popular. Vosotros, que tuvisteis la fortuna de conocerle, sabéis cómo se encendía ante la injusticia, cómo vibraba ante los escenarios y hasta qué punto –dueño él y dueño tan singular del arte soberbio de la palabra– sentía la congoja de los que ignoran, de los que callan, de los que sufren, de los que esperan...

Y ya que aludí, al principio, a la Ley que estableció la Campaña contra el Analfabetismo, permitidme que me refiera a las páginas que incluyó, sobre este problema de la República, en la cuarta edición de su Tratado de Sociología.

"Hay un dolor agudo –exclama en aquellas páginas–: la coexistencia de los alfabetos y los analfabetos en el mismo país y en el propio instante. En un mismo rincón del planeta hay hombres históricos e individuos prehistóricos. Gentes que conviven con los siglos y otras que sólo alientan *hic et nunc*".

"No existe el pueblo –añade– sin la homogeneidad de la cultura.

"No puede existir. Inútil es pensar que se integre, orgánicamente, la democracia mexicana sin el imperio universal del alfabeto".

Y concluye: "Cuando todos sepamos leer, habrá sonando la hora de la redención nacional".

¡La hora de la redención nacional! ¿Quién no siente en su alma el deseo de apresurarla y de oír su toque, proclamando otra independencia, en el bronce simbólico de Dolores? ¿Y cómo no comprender que el maestro quiso transmitirnos en esas líneas su testamento de ciudadano, por tan lúcido, tan urgente?

Los niveles distintos de una cultura no deben juzgarse incomunicables. Es la cultura, en efecto, unidad recóndita, expansión del hombre que no ha de romper, por ningún motivo, el sagrado canje vital de la flor y de la raíz: armonía entre el héroe y la multitud; héroes que interpretan a sus pueblos; pueblos que dan a sus héroes la majestad más augusta: la de expresarlos.

Y he aquí que nos encontramos, en el recinto más libre, comprometidos por nuestra libertad, obligados por nuestros derechos, como el maestro, para quien el significado de la existencia no fue nunca arbitrariedad, ni descanso, sino misión.

No somos en realidad mientras que pasamos, si lo somos es lo que estamos siendo, lo que seremos cuando concluya ese proyecto de ser que es el existir. Pero tú, Maestro, eres ya lo que eras esencialmente. Y estás en ti porque estás en tus

obras y, más que en ellas, en una obra que no tiene capítulos, ni catálogos de materias; la que más quisiste y a la que mayores méritos demandaste: la juventud de nuestra Nación.

Mas, pues te descubrimos todos los días –afianzándonos, al hacerlo, en el propio y continuo descubrimiento de lo que creemos nuestra verdad–, tus colegas han querido que sea yo quien, en nombre del Señor Presidente de la República, descorra el velo del retrato en que, merced al pincel de uno de nuestros insignes artistas, seguirás acompañando los trabajos de esta asamblea.

Con unción lo hago, maestro Antonio Caso. Y, al cumplir el honroso encargo que se me ha dado, me vuelvo a vosotros, señores miembros del Colegio Nacional, y os digo muy cordialmente: No hay presencia más promisoria que la de un gran desaparecido. Que la presencia de este mexicano admirable os aliente a perseverar, sin desmayos, en la empresa de autenticidad progresiva e intransferible que os pertenece.